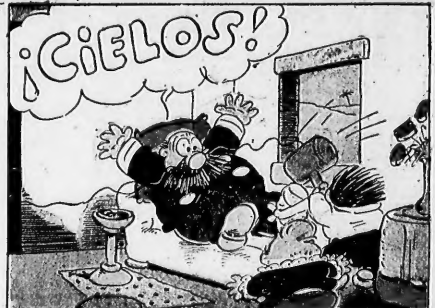
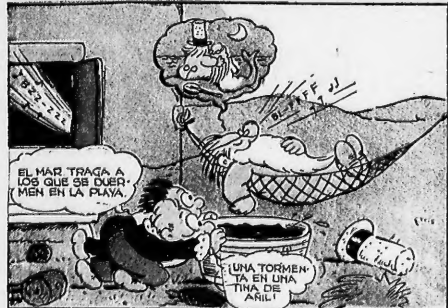
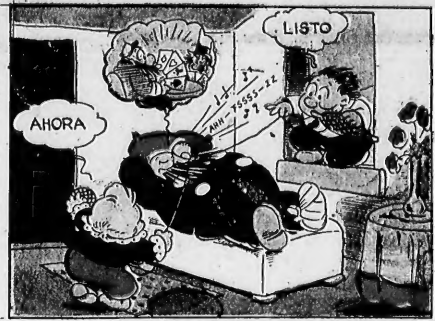
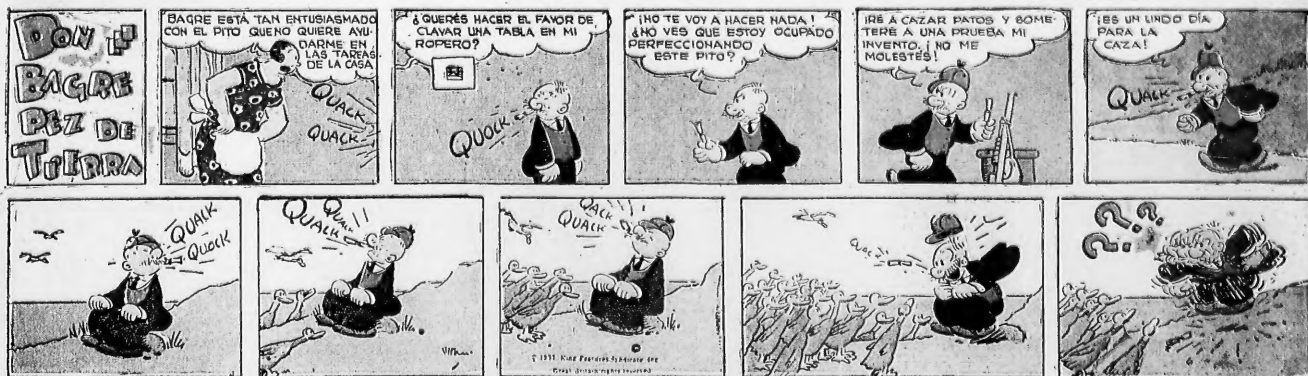


LOS CEBOLLITAS Y EL CAPITAN

Por D. DIRKS
CREADOR DE ESTA HISTORIETA



10



LOS LIOS DE DEDALITO Y SPAGUETTI

por SEGAR



EMERSON FREEMAN

'Mientras duraron las correrías y las locuras de Orlando, Astolfo corrió las más singulares aventuras...

Caballerías de Orlando el Furioso CA LA BELLA == MEDORO SU GALAN



pero Angélica huyó con Medoro a la India, donde refugiaron sus amores y reinaron sobre aquellos pueblos

inspirados por la ef...
tres días y tres no...
ar alimento, el roto...
mo. Al cuarto día se...
lanzó su espada y e...
de sus verdades, y d...
y demandó, enve...
camino de su locura...
como terrible su fue...
enormes árboles...
a ver lo aco...
o muerte con sus m...
servir del camp...
contra los dem...
las armas, acod...
ntra él. A muchos...
agresores se co...
bía arma forjada p...
era capaz de pen...
nuestru el menor d...
estrucción
con la carne d...
montañas que...
de los ríos, o b...
abandonadas, Or...
para el hermo...
llevó a cabo las...
a. Un día, al...
puente, se e...
ceno que en p...
los caballos

menor daño, y a pesar de huir la dama tan rápidamente como sus furias le permitían, huiérase en manos del demonio, a su haber hecho uso de su anillo que la hacía invisible. Se dejó caer de la yegua que montaba sin que Orlando la viera, y prosiguiendo éste su desenfrenada carrera, dejó tras de sí a Angélica, a la que nunca más volvió a ver. Poco tiempo después se embarcaron Angélica y Medoro para la India, donde gobernaron felizmente aquel reino.

Correrías dementes

Al apoderarse Orlando de la yegua, cabalgó en ella de día y de noche, sin darle alimento alguno ni permitirle ningún descanso, hasta que se vio obligado a apartar y conducir de la brida al pobre animal, al que aun después de muerto, arrastraba tras de sí. Anduvo así días y más días, hasta que un anheloso río le obligó a abandonar en sus aguas los despojos de la yegua. Habiendo atajavado a nado la rápida corriente, encontró en la otra orilla a un camponés; le dio muerte y se apoderó de su caballo; y durante el resto de la carrera de su locura se procuró otros caballos, siempre de igual suerte. Orlando era una plaga terrible para su patria; mataba sin piedad a las gentes, pegaba fuego a las casas y destruía aldeas y ciudades enteras.

En sus desenfrenadas correrías, llegó cerca del estrecho de Gibraltar, y allí se puso a contemplar el mar. Una nave a punto de ha-

El caballo alado de Astolfo

MIENTRAS duraron las correrías y la locura de Orlando, su amigo Astolfo, que había corrido las más singulares aventuras en distintas partes del globo, y se había hecho dueño de un caballo alado que le condujo rápidamente a donde quería. Montado en su corcel, había visitado la Abisinia, el reino del Preste Juan, al cual había librado de un gran infortunio. Dondequiera que este famoso emperador se sentara para tomar parte en un banquete, acudía volando un grupo de harpías, horribles monstruos parecidos a los pájaros, los cuales se echaban sobre la mesa y arrastraban los manjares. Este espantoso castigo lo había sido impuesto a causa de su orgullo, pero debía cesar el día en que un caballero desconocido entrara en el reino montado en un caballo

alado. Astolfo fué recibido con gran júbilo en palacio, en el que se preparó el festín. Al aparecer las harpías, el caballero las alzó con su espada, y cabalgando en su alado corcel las persiguió por los aires hasta llegar al pie de una elevada montaña, donde se refugiaron en una caverna, que era la entrada del infierno. El paladín se aventuró en la negra boca, llena de humo y de horribles gritos, y habló con algunas almas allí detenidas, hasta que la espesa humareda le obligó a salir.

Su caballo le llevó luego a la cumbre de la montaña, donde descollaba un delicioso paraíso, compuesto de verdes prados, lagos y arroyos, lleno de hermosísimas flores y de caudatos pajerillos. En el centro del paraíso se levantaba un maravilloso palacio, a cuya puerta fué recibido Astolfo por un anciano de azafre continente. Este personaje era San Juan Evangelista, que allí moraba con Enoch y Elias, las tres únicas criaturas que había respetado la muerte. Después de haber agasajado al forastero, el Santo le informó de la suerte de Orlando, que estaba sufriendo la justiciera mano del Altísimo, pero cuyo tiempo de prueba había terminado.

Astolfo en la luna

CUANDO llegó la noche y la luna rodeaba entre las altas nubes apareció un brillante carro tirado por cuatro caballos de fuego y, montado en él, San Juan trasladó a Astolfo a la luna. El asombrado caballero vio que descendía en un vasto globo parecido a la tierra, mientras el planeta que habían dejado, era como una grande luz que iluminaba los cielos. A su alrededor, vio lagos, ríos, campos, hermosas ciudades y castillos, montañas y selvas; pero todas estas cosas eran distintas de las de la tierra. Luego el Santo le condujo a un lugar donde vio la más extraña escena.

En un profundo valle, situado entre montañas, había un inmenso tesoro, com-

puesto con todo lo que en la tierra se había desperdiciado. Las horas perdidas, las ocasiones desaprovechadas, los votos quebrantados y las oraciones vanas ofrecidas a Dios, yacían allí para siempre. Se veían montañas de doradas cadenas, que habían unido a los esposos mal aparejados; grandes cantidades de rotos frascos de cristal, que significaban las promesas engañosas de los grandes; millares de alimentos que eran las limosnas que los ricos habían hecho a los pobres. Pero la parte más extraña del tesoro era la que formaban innumerables vasos, cada uno de los cuales contenía la maligna inteligencia de un hombre o de una mujer. Astolfo vio un vaso en el que estaba escrito su nombre, y obtuvo permiso para detenerse y aspirar su inteligencia perdida. El Santo le presentó luego otro vaso, mucho mayor que los demás, con la inscripción: Inteligencia de Orlando, y con el precioso tesoro montaron otra vez en el carro de fuego para volver a la tierra. Astolfo volvió a cabalgar sobre su alado corcel y se dirigió de nuevo al campamento con el inestimable vaso.

Aparece Orlando furioso

CON los más valientes capitanes del ejército estaba un día Astolfo en su tienda, tratando de los planes de campaña, cuando de repente redoblaron los tambores y se levantó en el campo un gran clamor. Astolfo y sus amigos corrieron hacia la orilla del mar para averiguar la causa del tumulto, y hallaron que lo producía un hombre salvaje, que desnudo había entrado en el campamento, sembrando la confusión. Con una enorme maza había dado muerte a un centenar de soldados, y en vano los demás le arrojaban flechas. Todos estaban asombrados de su fuerza sobrenatural y disculpan quién podía ser; cuando una dama que allí se hallaba, pronunció el nombre de Orlando, y conmovida hasta derramar lágrimas, Astolfo reconoció a su amigo. Todos los caballeros

presentes quedaron abrumados de dolor, pero Astolfo les pidió su auxilio para apaciguarlo. Después de varias difíciles tentativas, pudieron asegurarse por medio de cohechos. Astolfo mandó luego sumergir en el mar siete vasos consecutivos y, corriendo a su tienda para buscar el precioso vaso, obligó a Orlando a que aspirara la sutil substancia que contenía.

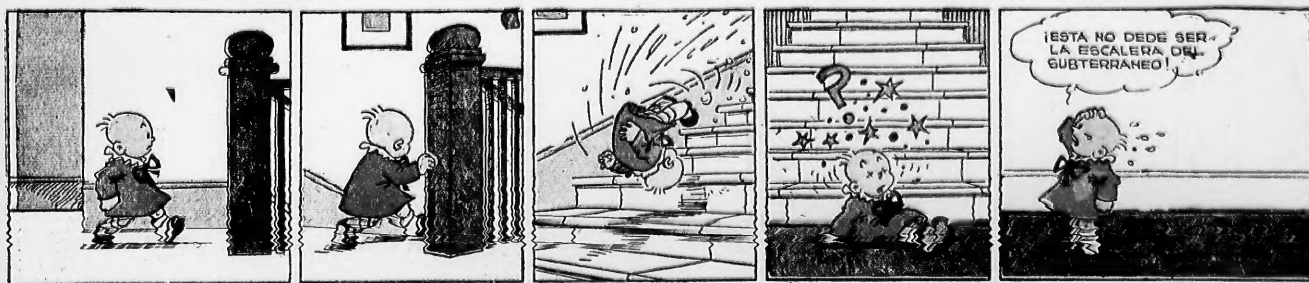
Orlando recobra la razón

LA locura de Orlando huyó instantáneamente. Le pareció que despertaba de una horrible pesadilla, sorprendido de verse desnudo y alado con cuantas irracionalidades y cortés, pidió a los que le rodeaban que le libraran de esa ligadura; los caballeros lo hicieron así, y le dieron al momento ropas con que cubrirse. Celebraron un festín con gran regocijo, y todos los presentes advirtieron que la inteligencia de Orlando parecía más poderosa, y su elocuencia y sabiduría mayores que en otro tiempo. Orlando descubrió que no podía acordarse ahora de Angélica sin sentirse lleno de horror; su alma estaba únicamente poseída del deseo de llevar a cabo heroicas hazañas, para borrar el recuerdo de su vergüenza y locura.

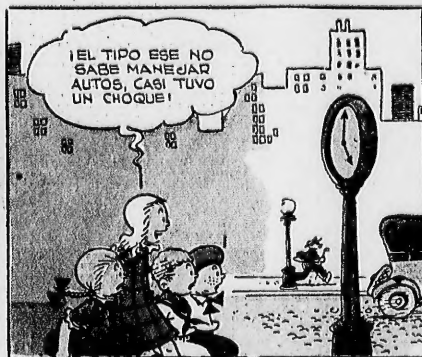
Desde aquel día combatió valientemente contra los moros, y en favor de la patria y de su rey, y con su propia mano dio muerte al jefe de los saracenos y a muchos otros capitanes. Por último, al terminar la guerra, Orlando se encontraba tan fuerte que voló a visitar a París. La hermosa ciudad estaba adornada con arcos de triunfo, los muelles arrojaban las vencedoras a las faldas de las ventanillas, y el emperador Carlomagno condujo a sus bravos paladines a su palacio, donde se celebraron los más esplendidos festejos. En toda la ciudad se leía la misma inscripción: «Vencedores sean nuestros grandes libertadores».



La furia de Orlando era tan ciega como terrible su fuerza; todo lo hendía y lo destruía, espada en mano



LA BARRA RANITA



P O R G I O V A N N I P A P I N

EL FLAGELLO DE LA HUMANIDAD

Tuberculosis! El siniestro fantasma, agazapado en las sombras, descarga desde siglos y siglos sus terribles golpes sobre la Humanidad. Y las filas ralean... La gente cae víctima muchas veces de su propia despreocupación, que le hace descuidar los resfrios... ¡heraldos de enfermedades pulmonares!... Cuidado! Elimine la tos! Elija un remedio consagrado por el Tiempo y la Experiencia; no haga ensayos peligrosos con "novedades"; tome Solución Dufour - el remedio más energético, rápido y positivo contra la tos, congestión y resfrios. Distingalo con su confianza, como lo han hecho millones de pacientes en todo el mundo desde hace más de 35 años.

Preparado por las Grandes Fábricas de Laboratorios Farmacéuticos Argentinos de la Droguería de LA ESTRELLA 1600, Rivadavia 1401 esq. Paraná, Buenos Aires

SOLUCION DUFOUR

